



Acto de Homenaje a la Escuela Quirúrgica Finochietto 2004

Entrega del Enrique y Ricardo Finochietto al Señor Académico Prof Dr Santiago Perera

Palabras del Presidente de la Asociación Médica Argentina. Prof Dr Elías Hurtado Hoyo.

Sr Académico Eduardo Zancolli; Sr Secretario General de la Asociación Médica Argentina Prof Dr Miguel Falasco, Sr Miembro de la Comisión de Homenaje de la Escuela Quirúrgica Enrique y Ricardo Finochietto, Prof Dr Osvaldo González Aguilar; Sr Prof Dr Santiago Perera y Sr Prof Dr Héctor Santángelo, Miembros de la Escuela, Sras, Sres y amigos.

A fines del 2001 miembros representativos de la Escuela Quirúrgica para Graduados Enrique y Ricardo Finochietto se acercaron a la Asociación Médica Argentina trayéndonos la iniciativa de crear un Premio Anual para recordar las figuras de sus creadores y honrar la memoria de sus maestros. Nuestra Comisión Directiva la consideró de alto valor histórico para nuestra institución y para toda la medicina argentina, por lo que se aprobó por unanimidad.

La Comisión Directiva de la Asociación Médica Argentina, me ha encomendado transmitirles, una vez más el alto honor que es para nosotros que hayáis elegido esta casa para desarrollar vuestras actividades.

Para tal fin se constituyó la Comisión Homenaje que en la actualidad está integrada por los Dres José Alberto Cerisola, David Azulay, Osvaldo González Aguilar, José Almanza, Abel Citadino, Romero Fazzini y Néstor Molinelli Wells.

La actividad de la Escuela se centralizó en el prestigiado Hospital Guillermo Rawson cuyo origen se remonta al año 1868 cuando José C Paz inaugura el Hospital de Inválidos, fundado para asistir y dar alojamiento a los lisiados de la guerra fratricida con el Paraguay. Dentro de los cirujanos precesores de la futura escuela recordamos a los Dres Andrés Llovet y David Prando. Dentro de los numerosos y prestigiados discípulos de los hermanos Finochietto hoy se recordará a una de sus figuras más relevantes, la del Prof Dr Roberto Garríz. Además de su prestigio científico y habilidad quirúrgica, tuve la fortuna durante varios años de valorar sus condiciones humanas y éticas cuando compartimos la Comisión Directiva de la AMA. El homenaje estará a cargo de su discípulo más prestigiado y probablemente más respetado por él, Prof Dr Héctor Santángelo.

Asimismo la Comisión Directiva de la AMA se adhiere al merecido reconocimiento que la Comisión Homenaje, hará en la fecha, al Prof Dr Alfonso Albanese, designándolo Miembro de Honor de la Escuela Quirúrgica.

El tercer Premio Anual Enrique y Ricardo Finochietto de la Asociación Médica Argentina, ha sido asignado al Prof Dr Santiago Perera, de gran trayectoria nacional e internacional. Sus innumerables discípulos ya jerarquizan la cirugía argentina. La presentación del homenajeado estará a cargo del Dr Néstor Molinelli Wells. Señalamos que los Premios anteriores recayeron en las figuras de los Académicos Julio V Uriburu y Eduardo Zancolli.

Les recuerdo que en el acto del año pasado fue presidido simbólicamente por la urna que contiene las cenizas de Enrique Finochietto acercados a nuestra Institución por el Dr Víctor Desseno. Los invitamos a concurrir al Cementerio de la Recoleta pasado mañana, el miércoles 28 a las 11hs, día elegido para ubicarlas en la bóveda de las Sras Carmen A Méndez de Gorrini y Betina Castro Montero. Agradecemos al Prof Vicente Gorrini las gestiones realizadas y al Sr Guillermo Couto por todas las gestiones administrativas.

Sras y Sres... mantener en vigencia la historia de la Escuela, nos marca el camino de uno de los modelos que nuestros profesionales y nuestro pueblo en general deben tomar como ejemplo, para superar la crisis educativa, social y moral que estamos transcurriendo.

Muchas Gracias.

“SEMBLANZA DEL PROF DR ROBERTO A. GÁRRIZ “POR EL PROF DR HÉCTOR D. SANTÁNGELO

Señor Presidente de la Asociación Médica Argentina, Prof. Elías Hurtado Hoyo.

Queridos amigos que integran las Comisión Permanente de Homenaje a la Escuela Finochietto. Quiero agradecerles a todos ustedes el honor conferido, al designarme para hacer uso de la palabra en ésta reunión anual que tiene como propósito expresar nuestro recuerdo y reconocimiento a nuestros Maestros.

Esta noche me corresponde evocar a uno de ellos, el Prof. Roberto A. Gárriz.

Nada mejor que aquí, en la Asociación Médica Argentina, un lugar tan caro a sus sentimientos y a los nuestros también. Por la deferencia de sus autoridades, nuestra Escuela ha encontrado el lugar apropiado para el desarrollo de sus actividades. Muchas gracias.

El Dr Roberto Gárriz es uno de los cirujanos generales más reconocidos de la segunda mitad del siglo XX. Figura relevante de nuestra Escuela, de la que fue su Director durante más de diez años. Creada por Enrique y Ricardo Finochietto en el ex Hospital Rawson, esa cantera inagotable de clínicos y de cirujanos que en plena actividad llegó a contar con 1300 camas, distribuidas en 25 salas de internación.

En ese ambiente de febril ebullición científica, se desarrolló Gárriz desde el año 1946, en el que ingresó a la Escuela Quirúrgica.

Como tantos otros, creció en la Sala VI, en un servicio de rígida disciplina, basada en el estudio y en el trabajo. Ricardo Finochietto fue siempre su Maestro y guía, profesó por él un gran respeto y sincera admiración que nos transmitió muy bien a todos nosotros. Por esa prédica constante, los discípulos de Gárriz, aún los que no conocieron a Ricardo, se han consustanciado de tal manera que se refieren a él como si lo hubiesen tratado.

Roberto Gárriz fue un verdadero Maestro, un “Maestro Auténtico” por haberlo sido en forma espontánea y natural y a su vez, un “Maestro Ejemplar” porque nunca se lo propuso ser; y lo seguirá siendo en razón de que además de sus enseñanzas, dejó discípulos que es uno de los atributos que caracterizan al Maestro.

René Leriche (1879 – 1855) señaló que: “El jefe de una Escuela Quirúrgica para llegar a adquirir la figura de Maestro, tiene que ser más grande como hombre que como cirujano”.

Nuestro homenajeado también cumplió esa requisitoria. Varias instituciones lo reconocieron como Cirujano Maestro. En 1988 lo hicieron la Escuela Quirúrgica Municipal para Graduados y la Sociedad de Cirugía del Oeste del Gran Buenos Aires, y en 1992 la Asociación Argentina de Cirugía.

Por otra parte, la Prensa Médica Argentina, como lo efectúa anualmente, en 1985 le otorgó el título de Maestro de la Medicina Argentina.

No es mi intención efectuar una tediosa e inexpresiva descripción de cargos y títulos, transcribiendo fríamente sus documentos curriculares. Ni apelar a un puñado de frases clásicas. Prefiero otra cosa. Algo menos solemne, más espontáneo, más vitalmente humano, tratando de evocar con justeza y calidez, aspectos de su personalidad y de su vida, algunos tal vez poco conocidos, procurando modelar una reseña realista, lograr, al decir de Robert Nozick, algo más pictórico que fotográfico, algo más profundo y menos instantáneo.

El compartir durante años tantas horas de labor nos permitió descubrirle algunos rasgos particulares, difíciles de resumir. Me facilita la tarea la descripción de las características antropológicas que hace Ortega y Gasset, de lo que él denomina el “misterioso pueblo vascongado”. De ese diseño del hombre vasco, surgen perfiles que se identifican llamativamente con los de nuestro Maestro.

Veamos : En 1920, año en que justamente nace Gárriz, Ortega y Gasset escribió que “el pueblo euskalduna posee un idioma muy elemental y como consecuencia ejercen una verdadera renuncia a la expresión verbal”. Gárriz hablaba poco y sabía escuchar.

“Bajo la presión del silencio, sigue diciendo Ortega, nace la mímica y se dispara el gesto”. Recordemos lo expresivo, lo gráfico que era en su gesticulación.

Continúa, “el vasco, serio, sensual y reconcentrado, carente de brillantez externa se aferra a sus costumbres y a sus usos con sin par tenacidad. Acepta rápidamente los inventos mecánicos de la moderna civilización pero conserva irreductible en su pecho, el tesoro de viejísimos preceptos religiosos, políticos y sociales “.

Concluye diciendo, “No existe en Europa un pueblo de más acendrada moralidad”. Tremenda similitud.

Por nuestra parte podemos agregar que el equilibrio fue una característica propia y muy notoria de su personalidad. Pero a esa persona equilibrada, había cosas que le podían hacer perder esa estabilidad emocional. Una de ellas era la mentira. Pequeña o grande. El engaño le provocaba una profunda indignación. Ante ese enojo era muy difícil tratar en ese momento, de interceder por el responsable. Más de un joven cirujano sufrió las consecuencias de haber faltado a la verdad.

Asimismo, las injusticias y las arbitrariedades le generaban también un gran malestar, un estado de rebelión interior. Prueba de ello fue su actitud, correcta pero de firme oposición a las medidas que concluyeron con el cierre del Hospital Rawson, en el año 1978. Pocos recuerdan que esa postura adoptada, en una Asamblea ante las Autoridades Municipales, le valió la exoneración de la Municipalidad. Esa severa sanción fue posteriormente derogada y suplantada por una suspensión.

Para Delfín L Vilanova era recto pero justo. Buen amigo y además buen consejero. Querido y respetado por colegas, pacientes y personal que tuvo a su cargo. Firme defensor de la democracia y de la libertad. A pesar de ello, fue prisionero de su propia profesión. Al decir de Alberto Laurence : “Muchos de nosotros hemos dado la mitad de nuestras vidas a la cirugía, Gárriz le dio la vida entera”.

Por sus conocimientos y ética era el cirujano de referencia en las consultas de casos complejos, sobre todo, de colegas o de sus familiares.

Brindó su experiencia en forma generosa y desinteresada, con modestia y bondad.

Tenía la humildad afectuosa de los espíritus amplios.

Otra faceta característica de su personalidad, era la valoración particular que hacía de sus logros. Consideró siempre al “Premio Juan Manuel Vilar” como la mejor distinción recibida en toda su vida de cirujano. Dicho premio lo obtuvo en 1951, le fue otorgado por Ricardo

Finochietto, como lo hacía anualmente, al médico de la Escuela Quirúrgica que demostrara la mayor dedicación al cuidado del enfermo. Así era Gárriz, simple y agradecido. Tal vez, imprevisto y contradictorio, si no se lo conocía adecuadamente; y aún así, con muchos años de convivencia, nos costó interpretar alguna decisión drástica.

Era llamativa su perseverancia en el trabajo, en la persecución de sus objetivos y en el cumplimiento de sus obligaciones. Ni hablar de su resistencia física. Seguramente esa tenacidad que por momentos se convertía en tozudez, respondía por un lado, a la genética de su origen, (sus padres Don Martín y Doña Antonia), eran oriundos del país vasco-navarro y por otra parte, influenciado por la rudeza de su Patagonia natal, de la que siempre se sintió orgulloso, le forjaron, sin duda, su fuerte personalidad y una forma de vida austera.

Su temperamento era versátil, el Gárriz científico - social era tímido, reservado, por momentos taciturno ocultando su sensibilidad y tremenda afectividad. Por el contrario, el Gárriz doméstico, era comunicativo, se podía decir hasta alegre. Gustaba compartir tertulias con familiares, con discípulos y amigos. En ellas disfrutaba hablar y discutir las novedades políticas, deportivas y de música popular. Como todo hombre atinado se complacía en faltar, de vez en cuando, a sus propias normas.

En esos momentos de esparcimiento, el tango era frecuentemente el tema obligado, juntamente con los bombones, que constituía otra de sus debilidades.

Conocía del tango, su historia, sus compositores y sus grandes orquestas. Poseía al respecto una completa biblioteca que guardaba celosamente, casi en secreto en su dormitorio. Coleccionista en su época de discos, luego lo fue de magazines y cassettes. No es conocido el hecho de tener dos tangos dedicados, en agradecimiento a su labor quirúrgica. Uno, del que no recuerdo el nombre, cuya música y letra fueron compuestas por el conocido intérprete Roberto Rufino. El otro, un tango orquestal, "Manos santas" escrito y dedicado por Canattaro, un autor conocido visitador médico que se lo veía por la pérgola del Hospital, un señor alto, delgado, muy pulcro, que por las noches se lo solía encontrar, como pianista, en algunos lugares de Monserrat o de San Telmo, allá por los años 60.

Es que Gárriz con su manera de ser, por sus ocurrencias, por sus gustos, era un personaje del viejo Buenos Aires. De ese Buenos Aires que ya no existe. De ese Buenos Aires que conoció y vivió de muy joven y desde adentro, con sus noctámbulos, sus damiselas y las vivencias típicas de una pensión.

Recordemos ahora a Gárriz en el quirófano. Cuando lo conocí en 1950, años antes de mi graduación, era un cirujano en formación, muy meticuloso, temático y exasperantemente lento.

Cualquiera fuese la operación repetía en forma sistemática todos los tiempos operatorios. Siempre igual. Mostrar y explicar era su consigna. Cada gesto era seguido de un detallado comentario.

Después, el juego se invirtió, éramos nosotros desde el lugar del ayudante, los que íbamos dictando los pasos de la operación.

El tiempo nos descubrió sus agudos conocimientos de clínica quirúrgica, su sagacidad y sensatez.

Llegado a la madurez llamaba la atención verlo resolver en el quirófano, en forma simple, casos extremadamente complejos.

Hay cirujanos que parecen tener ojos en los dedos. Gárriz fue uno de ellos.

Pienso que un gran cirujano de la Escuela, con el que yo también compartí algunos años de cirugía, el Dr. Atilio Lasala, le dejó una impronta en el proceder, dentro y fuera de la sala de operaciones.

El quirófano, hospitalario o sanatorial, en el que Gárriz operaba siempre tenía cirujanos visitantes, inclusive Ricardo Finochietto, que lo hacía por las tardes.

Pero no atraía o se distinguía por su manualidad, no era un operador espectacular, ni tampoco era un virtuoso. Era un habilidoso, pero un habilidoso mental. Tenía la virtud de efectuarle a cada enfermo, en el momento adecuado, lo que éste necesitaba, basado en su gran información, era un gran lector, y en su experiencia. Poseía además una memoria espectacular.

Transfiriendo a la cirugía un concepto artístico de Miguel Ángel, a nuestro Maestro había que mirarle más el cerebro que las manos.

Sin querer efectuar un juicio de valores, examinando a los cirujanos de la Escuela, Gárriz es a mi criterio, uno de los que evolucionó distinto. Maduró precozmente. Rompió ataduras y adquirió vuelo propio. Alcanzó independencia quirúrgica y de docencia universitaria en forma temprana.

Lo hizo sin perder ni la mística ni el espíritu de Ricardo Finochietto.

Así, sin pretenderlo estableció cambios al simplificar algunos pasos técnicos de las operaciones clásicas. No lo publicitó. Fue para él, para nosotros.

Siempre fui un admirador de la modalidad quirúrgica y del ritmo que le imprimía a las operaciones, Diego Zavaleta, de fines de la década del 50 y del 60. En ese aspecto, continuó pensando que Gárriz había adquirido algo de él.

Durante años fue su ayudante, en el hospital y fuera de él. Lo llamaba cariñosamente el "Vasquito". A tal punto era el aprecio personal y científico que sentía por él que en 1951, cuando lo nombraran jefe de la sala XV, le ofreció a Gárriz que lo acompañara. La negativa mortificó a Zavaleta, provocando su distanciamiento.

Gárriz nos enseñó la cirugía en forma natural, creo que sin mayor planificación. Espontáneamente, tranquilamente. No fue un generador de tensiones.

Tuvo la ventaja que nos tomó libres de toda contaminación quirúrgica.

Transitamos por los distintos pasos del aprendizaje progresivo. De la etapa paternalista, la más dura y estricta, pasando por la de libertad controlada, llegamos a la de autodeterminación.

Lo más importante es que nos dejó crecer, nos brindó oportunidades y la posibilidad de poder elaborar sin ataduras nuestro propio estilo quirúrgico; entendiendo como tal, no la imitación o la mala copia, si no, el de imprimirle al acto operatorio el carácter personal; con justeza, cadencia, sensibilidad y capacidad intelectual.

Es frecuente confundir técnica con estilo. La técnica es algo general. Se aprende.

El estilo es particular, es la manera que tenemos de expresar nuestro sentir quirúrgico. En definitiva operamos como somos.

Los años, que nuestro grupo pasó en el Pabellón Olivera deben haber sido los más felices de nuestra vida de cirujanos.

Pero éramos demasiado jóvenes, nuestras vidas corrían muy rápido como para detenernos a pensar en el gran valor de esos momentos, que no disfrutamos enteramente.

En definitiva, nos inculcó una cirugía diferente, autónoma y espontánea, basada en el estudio, la perseverancia en el trabajo, dentro de un marco ético y de respeto por el paciente. Con él nos sentíamos protegidos y a su vez respetados. Cumplió siempre con la consigna de : "Al amigo hay que reprenderlo en secreto y elogiarlo en público" (Leonardo).

Estimados colegas, Señoras y Señores :

Es difícil transmitir la obra de un Maestro y que a su vez sea debidamente interpretada y valorada por los que no lo conocieron.

El acto quirúrgico, mediante el cual los grandes cirujanos se expresaron, quedarán grabados en el recuerdo íntimo y en la nostalgia de sus discípulos que pese al esfuerzo para difundirlos, no podrán mostrar algo tangible, algo material que revele la grandeza del arte que desarrollaron.

Porque el arte quirúrgico es imposible de objetivar, de documentar, por no ser solamente un hecho manual, en gran medida es un trabajo intelectual, donde predominan, el saber, la reflexión y el buen juicio.

El acto quirúrgico es como una entelequia, algo abstracto, imaginario que una vez consumado se desvanece.

Como consecuencia de ello, los Maestros de la cirugía no han podido materializar sus obras, como lo han hecho otros, en sus diversas expresiones artísticas y culturales.

Pero a cambio, nos han legado su obra magna, su obra de toda la vida, que son sus Escuelas.

En otras épocas, de nuestra querida República Argentina, hubieron innumerables Escuelas de cirugía, como consecuencia de que existían numerosos Maestros. Actualmente queda muy poco de todo eso. Hay escasos referentes. Contados son los modelos que los jóvenes pueden mirar.

Como lo he dicho en otras oportunidades las Escuelas han sido reemplazadas por grupos de trabajo.

Para reflotar ese pasado perdido, tendríamos que comenzar por rescatar las viejas enseñanzas y poder retornar a la excelencia.

Hoy lo hemos recordado al Maestro Roberto Gárriz, su gran aporte médico y humano podría ser un punto de partida como ejemplo para imitar y continuar.

Palabras del Prof Dr Néstor Molinelli Wells

Sr. Presidente de la Asociación Médica Argentina Profesor Dr Elías Hurtado Hoyo, Sres. Miembros de la AMA., Colegas, Invitados Especiales.

La sesión pública solemne de homenaje a la **“Escuela Finochietto”** hoy nos congrega para hacer entrega, por tercer año consecutivo, del premio **“Enrique y Ricardo Finochietto”**.

Tan alta distinción, sin duda la más apreciada para los discípulos de la Escuela, ha sido otorgada en esta ocasión a quien fuera también uno de mis maestros; el Profesor Dr. Santiago Guillermo Perera.

La **Comisión de Homenaje Permanente** me ha conferido la distinción de ocupar este sitio para hacer su presentación. Muchas gracias.

El mundo médico conoce su extensa trayectoria, de hecho está a unos pocos meses de cumplir su primer medio siglo con la cirugía. Solo un prodigioso esfuerzo de la imaginación nos permitiría identificar un cargo, título u honor al que no haya accedido por mérito propio por lo que explayarse sobre su currículum es redundante. Baste sobre él decir que en todos los casos se caracterizó por la dedicación, constancia y perseverancia. Así fue que habiendo comenzado siempre por el escalón inferior nunca dejó de llegar al superior, expresión máxima de esta realidad es su designación como Cirujano Maestro que recibirá en el transcurso del próximo Congreso Argentino de Cirugía.

Perera es uno de los conspicuos representantes de la etapa temprana de la segunda generación, es decir, discípulo de discípulo, nada menos que de Diego E Zavaleta. Porqué fue mi Jefe de Servicio durante trece años conocí a Santiago, el hombre, y de él quiero hablarles.

Argentino de segunda generación nació en Buenos Aires el 15-8-30. Contra lo que indica su apellido no es descendiente de castellanos sino, como tantos de nosotros, de europeos que vieron cambiado su nombre ni bien entraron al Hotel de los Inmigrantes. En efecto, Vicente Pirera y su hermano dejaron la isla de Stromboli – en el mediterráneo italiano – en 1890 con rumbo a estas costas. Vicente, ya en Buenos Aires, se casó, como no podía ser de otra manera, con la hija de otro inmigrante italiano. De ese matrimonio nació quien sería el padre de nuestro homenajeado, también llamado Santiago.

Sus abuelos prosperaron con el negocio inmobiliario y decidieron comprar dos campos en el sur de la Provincia de Santa Fe, específicamente en Los Quirquinchos, en las cercanías de Venado Tuerto.

Santiago Perera se casa con Elvira Caporaletti y se van a vivir al campo, en uno de sus periódicos viajes a Buenos Aires nace Santiago Guillermo. Sus primeros años transcurrieron en Los Quirquinchos en cuya escuela cursó hasta tercer grado. Las cinco leguas de camino de barro y el limitado nivel de una escuela rural deciden a los padres a enviar a su hijo a vivir con los abuelos en Buenos Aires.

A los nueve años de edad SGP inicia una convivencia de tres años con sus abuelos hasta que sus padres optan por vender el campo y radicarse en la capital. Reinicia su educación primaria en la Escuela Argentina Modelo y la finaliza en el Instituto Ángel Gallardo, situado en Ayacucho y Quintana.

Entre 1943 y 1948 cursó sus estudios secundarios en el Colegio Nacional Sarmiento en el que, por sus buenas notas, fue celador rentado hasta promediar el segundo año de la facultad.

En marzo de 1949 ingresa en la Facultad de Medicina, que ya por aquella época tenía 800 postulantes, de la que egresa en diciembre de 1954 con 7,28 de promedio general. En 1952 había ingresado como Practicante Adscripto al Hospital Rawson integrando la guardia de los días viernes con el Dr Italiani como Médico Interno y el Dr Nusdeo como Cirujano. Cuando se recibió le ofrecieron una vacante en la sala XV a la que podría acceder si aprobaba los exámenes de idioma y de cirugía.

Los exámenes los aprobó pero como manifestó que quería hacer cirugía digestiva Diego Zavaleta y Raúl Bueno decidieron que su primera rotación fuera Ortopedia y Traumatología con Lino Piñeyro Sorondo. Esos dos años le sirvieron para aprender a ser ordenado y para hacer su tesis de doctorado apadrinado nada menos que por Julio Uriburu, por aquel entonces Jefe de Clínica de Zavaleta. Solo el conocimiento de esta historia nos permite comprender porqué la tesis de Perera versa sobre "Técnica Quirúrgica del tratamiento de la coccigodinia" y porqué, como graciosamente cuenta su autor, nadie la usó, la usa, ni la usará jamás.

Como todo triunfador Perera tuvo su buena dosis de suerte. La primera gran sonrisa de la fortuna fue su casamiento con su novia rosarina, Nora Alicia Otero, el 25 de abril de 1955. Ella le dio una familia ejemplar, tres hijas de las que hoy tienen seis nietos y el apoyo y el respaldo necesario para que él hiciera todo lo que hizo en la vida. No es casual que ayer hayan cumplido cuarenta y nueve años de casados.

No menos afortunado fue con los Maestros que le tocaron en suerte, Trigo en cirugía torácica, Olaciregui en esófago, Calzaretto en proctología, Heindeinreich en paredes, para citar solo a algunos. Como si esto fuera poco Diego Zavaleta lo distingue considerándolo uno de sus discípulos preferidos.

El azar no le fue esquivo. Los sábados por la tarde atendía una obra social docente muy cerca del Hospital. En cierta ocasión decide volver a la sala para terminar una historia clínica que había dejado inconclusa esa mañana y Zavaleta lo encuentra trabajando a las 14 hs. Pocos días después el Jefe de Servicio tiene un altercado con el Jefe de la Sección

Cirugía Gástrica y decide su remoción. Con solo seis años de antigüedad hospitalaria y sin haber operado jamás un estómago Perera es designado en su reemplazo.

Zavaleta no se equivocó, en el primer año se realizaron 146 gastrectomías, es decir, un promedio de una por jornada quirúrgica.

Luego de algunos años de conducir esta Sección, de acuerdo con Helios Gugliotella y con el visto bueno de Diego Zavaleta Perera se hace cargo de la Sección Hígado y Vías Biliares en la que permanece hasta 1971 en ocasión de ganar por concurso la Jefatura de la División B de Cirugía del Hospital Rawson en la que se desempeña hasta 1977 cuando también por concurso, gana el cargo de Jefe del Servicio de Cirugía Mujeres del Hospital Churruca.

Otro insigne discípulo de nuestra Escuela, el Dr Néstor Bruzzone, dirigía por entonces el Servicio de Cirugía Hombres. En 1987 se produce la fusión de ambos servicios quedando Perera como Jefe de Cirugía hasta 1990, año en que se retira dejando la actividad asistencial pública y dedicándose solamente a la privada y a la académica.

Y este es exactamente el valor supremo de Perera, lo que de él menos se conoce y cuesta encontrar descripto en su currículum. El haber sabido cultivar con dignidad científica el rubro menos desarrollado por quienes, con orgullo, nos sentimos discípulos de la Escuela Finochietto; el Académico.

En efecto, Perera fue Director de una Beca Municipal de Investigación, tutorizó la Carrera Docente de diez médicos entre los que hoy hay tres Profesores Adjuntos y dos Docentes Autorizados.

Fue padrino de siete Tesis de Doctorado. De los trece Jefes de Residentes que tuvo en sus años de Jefatura en el Hospital Policial hoy cuatro son Académicos, tres son Jefes de Servicio en distintos Hospitales de la capital y del interior del país y uno adquirió renombre internacional en un campo tan exclusivo como el del trasplante hepático.

Su mayor mérito es haber sabido despertar y poner de pie a un gigante aletargado que hoy está dando sus primeros pasos, me refiero al Hospital Churruca.

En Perera confluyen diversos factores. Así como en 1870 llegaron los Finochietto de Génova, en 1890 llegaron los Pirera de Stromboli; algo más al sur pero mediterráneos e italianos por igual.

La vida en el campo sin duda lo marcó aunque no tanto como los veinticinco años transcurridos en esa verdadera fábrica de maestros que los hermanos Finochietto supieron hacer en el viejo y querido Hospital Guillermo Rawson.

La confluencia de la bonhomía mediterránea con la sabiduría del hombre de campo y la generosidad sin límites de la gente de "La Escuela" produjo un Jefe difícil de olvidar.

Perera, a 14 años de su retiro aún se escuchan en nuestro Hospital expresiones tan tuyas como “vea m’hijo” y sobre todo, por lo alegórica, “de buenas intenciones está plagado el camino del infierno”.

Hoy, al hacerle entrega de este merecido premio es la comunidad quirúrgica en pleno la que le está diciendo: Profesor Dr Santiago Guillermo Perera, simplemente, muchas gracias.

Palabras del Prof Dr Santiago Perera

¿Por qué a mí?

Muchas veces en mi carrera profesional me surgió esta pregunta. Me la he formulado cuando me designaron para presidir el 62° Congreso Argentino de Cirugía o cuando mis pares me eligieron Presidente de la Asociación Argentina de Cirugía o de la Academia Argentina de Cirugía. En verdad, nunca hallé una respuesta válida y tampoco la encuentro hoy. Creo que en todas esas circunstancias ha prevalecido más el sentido de amistad que el de mis méritos personales. Y me basta alzar la vista para comprobar que hubiese sido justo otorgar el premio Enrique y Ricardo Finochietto del año 2004 a otros que, seguramente, poseen más valía que yo.

Me siento muy lejos de merecer la misma distinción que antes recayera sobre dos brillantes integrantes de la Escuela: Julio V Uriburu y Eduardo Zancoli. Pero, por esas cosas que tiene la vida, he sido honrado con un galardón tan especial como éste que lleva el nombre de los iniciadores de la Escuela Quirúrgica más importante de América Latina.

Deseo expresar mi profundo agradecimiento a la Comisión Permanente de Homenaje a la Escuela Finochietto por haber propuesto mi nombre para este premio; a la Comisión Directiva de la Asociación Médica Argentina por habérmelo otorgado y a todos mis compañeros del inolvidable Hospital Rawson que integraron la Escuela, Templo de la Cirugía, reconocida y respetada en todo el mundo. Y por último, a mi esposa, compañera de toda la vida, que con su amor y apoyo hizo posibles los logros que pude alcanzar.

Quiso el destino –o quizás el azar- que al terminar mi carrera y el practicantado en el Rawson, ingresara en la Sala XV de ese hospital, servicio que integraba la Escuela Quirúrgica Municipal para Graduados. De ahí en adelante llevé sobre mis espaldas un rótulo que mucho me enaltece: el de “Finochietista”.

Fue mi maestro Diego E Zavaleta, relevante exponente de la Escuela, y mi consejero y padrino de tesis, un hombre que me honró con su amistad y que hoy nos acompaña: Julio V Uriburu.

A través de los años aprendí cirugía pero, sobre todo, disciplina, dedicación y respeto al enfermo y al colega.

Ser “Finochietista” es un estigma imborrable e indeleble al paso del tiempo. Una vez que se lo adquiere permanece de por vida y, cuando ella termina, trasciende en la memoria de quienes seguirán.

Desfilan hoy por mi mente infinidad de recuerdos y vivencias vinculados a la Escuela. Solo voy a evocar dos de ellos. Comienzo con mi primer encuentro con Ricardo Finochietto. Corría el año 1956; en las salas VI y XV del Rawson se organizaban reuniones conjuntas de cirugía: en la Sala VI, los miércoles y en la XV, los jueves. Se imprimía un tríptico en el que figuraba el nombre de cada cirujano actuante y el tipo de intervención que iba a realizar.

Era el principio de mi carrera y no es difícil imaginar mi orgullo cuando en el programa de un jueves, detrás de Zavaleta, Calzaretto, Trigo, Heidenreich y Olaciregui, estaba mi nombre: S. G. Perera: Hernia inguinal; plástica al Cooper. Y llegó el día; sabía que muchos ojos observarían mi operación y quizás en esa ocasión concurriría Ricardo Finochietto, a quien sólo había visto desde lejos y con quien nunca había intercambiado palabra alguna. Me ayudó en esa oportunidad Eduardo Marino, que por entonces practicaba cirugía general y contaba ya con una sólida formación. En el momento de llevar el tendón conjunto al ligamento de Cooper le pedí a la instrumentadora que enhebrara una aguja recta de Pochet y la cargara al revés en un portaagujas fuerte. Varios cirujanos del Servicio poseían la aguja del Cooper que diseñara Zanardo, pero mis arcas de ese entonces no me permitían adquirir más de un instrumento por mes... y aún no le había llegado el turno al creado por Zanardo.

Ante mi solicitud, la instrumentadora –asombrada- me preguntó: *“¿Para qué quiere una aguja que se emplea para suturar la piel y cargada al revés en un portaagujas?”*. *“Para suturar en broma”*, le respondí. No bien terminé la frase, Marino me golpeó la mano y, al mirarlo, vi en su rostro signos de espanto. No necesité otra explicación; lentamente me di vuelta: detrás de mí estaba Ricardo Finochietto. Su mirada electrizante se cruzó con la mía sin emitir ninguna palabra; en ese instante hubiera deseado que la tierra me tragase. Continué la operación en total silencio pensando en lo que me esperaba, hasta que lo vi a Marino distenderse y sonreír burlonamente; comprendí que Finochietto se había marchado.

Después de ello lo vi varias veces, hablé incluso con él y nunca mencionó aquel episodio, por lo que supuse que lo había olvidado. Hasta que un día Zavaleta me encargó que estudiara todo lo publicado acerca del clamp vascular de Satinsky, por lo que acudí a su biblioteca de la calle Paraguay en busca de material. Cuando Finochietto llegó, me saludó efusivamente y dijo: *“Hola Perera, ¿cómo está?...¿Sigue siempre tan bromista?”*.

Mi segunda vivencia corresponde a algo que me sucedió a principios de 1978. Era ya un hecho que el Hospital Rawson sería cerrado por orden de un inconsciente trasnochado, como un símbolo de la barbarie imperante por entonces. Sabíamos que deberíamos emigrar a otros hospitales, dispersándose así el sólido grupo de la Escuela Finochietto. Había tenido la suerte de ganar la jefatura de una de las Salas de Cirugía del Hospital Churruca de Buenos Aires, por lo que antes del cierre del Rawson fui a mi nuevo destino. Una vez allí comencé a recorrer el hospital para contactarme con los otros Servicios. Así fue que una mañana, mientras planeaba la reestructuración de mi Sala, encontré un pizarrón abandonado en un cuarto de Urología, donde se almacenaban elementos en desuso o que se utilizaban esporádicamente; lo examiné con atención: estaba bastante deteriorado pero aún podía servir, por lo menos hasta obtener otro en mejores condiciones. De inmediato me dirigí a un enfermero del Servicio y le pedí que me ayudara a trasladar el pizarrón. Al llegar al depósito me preguntó si había hecho el trámite administrativo para reasignar el nuevo destino de ese elemento, porque en el Churruca todo estaba registrado y nada podía ser cambiado de lugar. Al manifestarle que no había realizado nada de eso, se mostró asombrado y me aconsejó que tuviera mucho cuidado porque ese acto podía ser considerado un robo. *“No se preocupe”*, le contesté. *“Robo sería si me lo llevara a mi casa; sólo lo estoy trasladando a otro lugar del hospital”*. Lo ubiqué en un gran depósito donde a través de los años se acumularon elementos inútiles y que más tarde, una vez desocupado y reformado, sería el aula del Servicio de Cirugía. Cuando colgué el pizarrón en una de las paredes, la caba del Servicio me comentó: *“Doctor, se nota que usted es Finochietista”*; le pregunté por qué; sonriendo me respondió: *“Porque los Finochietistas en cuanto llegan a algún lugar, enseguida consiguen un pizarrón y arman un aula para impartir enseñanza”*. Esa caba – que me acompañó hasta su retiro- nunca supo que, con sus sencillas palabras, me había brindado uno de los mayores elogios que recibí en mi vida.

La impronta que la Escuela Finochietto nos dejó hizo que todos los que la integramos tuviéramos un común denominador: la Enseñanza. La universitaria se vio plasmada por los integrantes de la Escuela del Rawson, pero lo más importante es que cada uno de ellos emanaba docencia a su alrededor en cada sitio de trabajo y en todo momento. Muchos de nosotros alcanzamos jefaturas de Servicios y la titularidad de las Cátedras de Cirugía seguramente en buena parte por méritos propios, pero no cabe duda de que la influencia de la Escuela con *“su disciplina y su empuje”* contribuyó a ello en gran medida. Esa es una deuda inmensa que aún tenemos. En lo personal, creo que algo he devuelto de todo lo que me ha dado.

Cuando veo que los jóvenes -no tan jóvenes hoy- que fueron mis residentes en el Hospital Churruca integran ya la Academia Argentina de Cirugía, son jefes de Servicio, han logrado el título de Profesor, han sido relatores del Congreso Argentino de Cirugía o tienen destacada actuación en nuestro medio y en el exterior, siento -además de un profundo orgullo- que he pagado aunque sea una pequeña parte de mi deuda.

Esto también me hace pensar que lo que empezaron Enrique y Ricardo Finochietto puede compararse con la piedra que se desprende de la cima de la montaña y que al rodar arrastra en su camino a otras piedras hasta convertirse en un alud imparable. Eso es la Escuela: un gran movimiento expansivo, con un origen conocido pero sin límites de crecimiento.

En momentos en que en nuestro país se han perdido tantos valores, donde la corrupción en todos los sectores nos ha sumido durante varias décadas en el descreimiento y en la pérdida de la fe, donde la enseñanza sigue siendo la eterna relegada, la Escuela Finochietto es un faro que nos ayuda en la oscuridad a mantener las esperanzas y a confiar en un futuro mejor, digno de quienes habitamos esta, nuestra maltrecha y querida Argentina.

Señoras, señores, compañeros del inolvidable Hospital Rawson:

Una vez más deseo agradecerles el lauro que hoy recibo. Quisiera poder expresar lo honrado que me siento. Cuando Octavio Paz recibió el premio Nobel de Literatura, dijo ante la concurrencia reunida con motivo de la entrega de esa distinción: *“No encuentro la manera de expresarles mi agradecimiento. Si les digo gracias no es suficiente; permítanme decirles: Muchas gracias”*. Esta noche haré más sus palabras y a todos les digo entonces: Muchas gracias.